

LA SANGRE DE LOS CONDENADOS

LA CUEVA DEL DRAGÓN – NARRATIVA FANTÁSTICA

jordi@jordicasas.xyz

www.jordicasas.xyz

LA SANGRE DE LOS CONDENADOS - 2002

Copyright © 2023 Jordi Casas Bolet

Diseño, maquetación y rotulación: Jordi Casas Bolet

Ilustración de la cubierta: Prettysleepy Art & Marketing (from Pixabay)

www.prettysleepyart.com - prettysleepyart@gmail.com

Los derechos de este libro quedan reservados exclusivamente a su autor.
Puede dirigirse a él para solicitar autorización si desea utilizar alguna
parte de su contenido.

Impreso bajo demanda por Amazon

LA SANGRE DE LOS CONDENADOS

JORDI CASAS BOLET

La cueva del dragón

(Narrativa fantástica)

A mis hermanos,
Joan y Carles,
con los que comparto la vena
artística y creativa.

Gracias por formar parte de mi vida.

Aquel cuya vida no valora,
tampoco teme a la muerte.
Para aquel que no teme a la muerte
la vida carece de sentido.

--El autor--

LA SEÑORA DE LA OSCURIDAD

Lanzó un suspiro de alivio en dirección a la noche cuando sintió de nuevo en sus labios el dulce sabor de la sangre. Sus colmillos se cerraron con fuerza en el cuello de su víctima, y su garganta succionó y succionó la sabia vital hasta que sintió que sus brazos se desplomaban sin fuerza a los costados y su corazón lentamente dejaba de latir.

Durante largos segundos lamió la sangre que seguía manando de sus heridas hasta que soltó la presa y el pobre desgraciado cayó inerte al suelo. Otra noche más se cernía sobre el mundo. Una de las miles y miles de noches similares en las que había salido a por alimento mientras aguardaba la llegada de aquél que gobernaría a su lado.

Aunque aquella no era una noche más.

Las calles permanecían silenciosas en la madrugada mientras la bruma se espesaba y el silencio aumentaba a su alrededor. Highslow seguiría en tinieblas durante largas horas todavía y ello era para la señora de la oscuridad toda una bendición. La luna llena brillaba en mitad del cielo estrellado pese a que la niebla caía sobre la urbe; una luna llena tan roja y sangrienta como el jugo que la mantenía con

LA SANGRE DE LOS CONDENADOS

vida. Era la señal que durante más de tres siglos había esperado ver. La señal que las profecías auguraban en que se produciría el encuentro con el Elegido.

Con paso decidido recorrió las estrechas callejuelas del centro y se internó en la noche. El rumor de sus pasos sobre los adoquines parecían tan corrientes como los pasos de un elfo o los de un humano; el típico sonido que haría cualquier ser vivo al caminar. Pero ella no tenía nada de humano. Jamás había pertenecido a ninguna de las razas del mundo. Era la única de su especie; la elegida por la garra de la oscuridad para gobernar un mundo sumido en tinieblas.

Mientras caminaba sin rumbo fijo calle abajo en dirección a ningún sitio, se acarició los labios carnosos y todavía manchados de sangre con dos de sus dedos de la mano derecha y a continuación los lamió con afición. A la largo de los siglos había probado la sangre de todas y cada una de las razas humanoides que poblaban el mundo y, de todas ellas, la sangre de los humanos era la más dulce y embriagadora. Era como paladear un buen vino; como disfrutar un buen solomillo. La sangre, su alimento era la única cosa por la que merecía la pena vivir.

Pese a que jamás había visto la luz del sol, ella nunca había sentido curiosidad por ver el mundo iluminado por tan legendario astro, Su mundo era la oscuridad. Su reino las tinieblas y consideraba a todas las criaturas que como ella deambulaban en la noche como sus propios hijos: los hijos de las tinieblas; los servidores de la oscuridad.

Ninguna criatura del mundo había sentido en su alma la sensación de poder absoluto que ella sentía cada vez que sus mandíbulas se cerraban en torno al cuello de una de sus víctimas. La sensación era indescriptible; era algo imposible de igualar. Ella no mordía los cuellos de sus víctimas y se alimentaba de ellos sin más, no. Jugaba con ellos: los atraía hacia ella con sus poderes y hacía que se sintieran cómodos antes de mostrar su verdadera y sangrienta naturaleza. Jamás acababa con sus víctimas del mismo modo; para ella era

LA SANGRE DE LOS CONDENADOS

como el juego de la seducción. Les excitaba sexualmente del mismo modo que ella se excitaba cuando sus manos acariciaban el cuello de sus víctimas. Les trasladaba a un lugar alejado de su alma y les hacía gozar; a veces incluso los poseía y disfrutaba con ellos de los placeres carnales antes de lanzarse a por su cuello y dejarles sin una gota de sangre en las venas. Llevaba más de seiscientos años en el mundo y disfrutaba como una chiquilla cada vez que salía de su escondite a medianoche para satisfacer sus deseos. Siempre buscaba nuevas maneras de satisfacerse.

Se sentía una elegida por los dioses; a veces incluso ella misma se sentía una verdadera diosa. No había ser vivo en el universo que conociera su naturaleza; vivía en el más absoluto anonimato y muy pocos tenían el privilegio de conocerla personalmente. Era otra más del mundo; pero a la vez era alguien realmente especial. Era la única de su extirpe. La única que viviría para siempre en aquel milenarismo mundo.

La noche era su reino y por ello prefería caminar por las calles más oscuras de las urbes. La apasionaban los edificios antiguos y disfrutaba penetrando a hurtadillas en los templos y los edificios levantados en honor de los dioses. Su meta era aquella: convertirse en una verdadera diosa. Sumir el mundo a su mandato y disponer de miles de sirvientes que acatarían sus órdenes con obediencia y respeto. El poder la excitaba; sentirse distinta la ponía a cien.

Los tiempos habían cambiado en aquellos seiscientos años pese a que el mundo seguía siendo el mismo y las razas que lo habitaban vivían del mismo modo. Por todas partes habían guerras y masacres y la mitad del continente sentía la garra del hambre y la pobreza. No corrían buenos tiempos pero a ella no le afectaba; al contrario, el sufrimiento en los demás la excitaban sexualmente.

Su sombra negra y esbelta se recortó en una vieja pared de piedra cuando torció por un recodo y se detuvo al oír el inconfundible rumor de pasos. Sus sentidos eran más sensibles incluso que los de cualquier elfo: sus oídos eran tan

LA SANGRE DE LOS CONDENADOS

finos que podía oír a un ratón arrastrándose por un sótano a decenas de metros de distancia. Su vista era perfecta; tres veces más poderosa que la de los mismísimos elfos, y su sentido del tacto lo mejor: con sus manos acariciaba los cuerpos cálidos y sudorosos de sus víctimas y se trasladaba al oasis del placer extremo cada vez que se aproximaba el momento de cerrar los colmillos alrededor de su cuello.

Ella no mataba indiscriminadamente; no se consideraba una depredadora. Como durante tantos siglos había hecho, la señora de las tinieblas elegía muy bien a sus proveedores. No se alimentaba de mujeres; a no ser que fueran realmente hermosas, jóvenes y vírgenes. No se alimentaba de niños; a no ser que fueran niñas preciosas y huérfanas. Y, sobretodo, jamás se alimentaba de ancianos; ya que su vieja sangre podía ser tan amarga como la cerveza. Sus preferidos eran los hombres fornidos; de espaldas anchas y torso poderoso. De brazos fuertes y piernas robustas. Su alimento principal se dedicaba al belicismo y eran extraordinarios guerreros y apasionados amantes. Por ello durante mucho tiempo acechó en los campamentos y se alimentó de los victoriosos guerreros que regresaban de la batalla.

Pero no siempre había podido elegir. El año anterior hubo un estallido de peste en casi todas las regiones del continente y tuvo que conformarse con lo que ella denominaba las sobras. A ella no le importaba alimentarse de un enfermo o de un moribundo: cuando no hay nada más hasta las piedras son deliciosas, pero puestos a elegir a todo el mundo le gusta la carne y las verduras de verdadera calidad. Lo bueno que tenían las plagas y las guerras era que no tenía que molestarse en ocultar después su presencia. No tenía por costumbre dejar los cuerpos sin vida de sus alimentos en mitad de la calle como instantes antes había hecho; aquella noche era una noche especial y no tenía demasiado tiempo que perder: el tiempo pasaba deprisa y se acercaba el momento velozmente.

Los pasos que habían hecho que se detuviera en la esqui-

LA SANGRE DE LOS CONDENADOS

na no pertenecían a nadie de su agrado. Pese a que no llegó a verla en ningún momento había oído la sangre que corría por sus venas y la había descartado de inmediato. Se trataba de una prostituta medio borracha que ya había visto la noche anterior. Si mal no recordaba se llamaba Leyla y rondaba los cuarenta años. La vio por primera vez en una taberna la madrugada anterior y conoció sus miedos y sus deseos más intensos con solo mirarla a los ojos unos instantes: Cada noche era sobada por cuatro hombres distintos, y follaba con tres de ellos por cuatro miserables monedas de bronce. Su vida era un desastre y nadie la hubiera echado de menos si de ella se hubiera alimentado la primera vez que sus caminos se cruzaron. Pero la señora de las tinieblas no deseaba hacerlo; la vida para ella apenas tenía sentido pero sabía reconocer cuando alguien la malgastaba. Por ello el peor castigo que le podía infligir a una persona así era permitirle que prosiguiera con su vida. No hay peor tormento para un infeliz que proseguir con su vida de mierda.

Continuó su camino y su sombra se proyectó en los adoquines del suelo. Le encantaba caminar. Pese a poseer el poder de trasladarse al lugar deseado con su extraordinario poder mental, o incluso transformarse en cualquier animal para desplazarse con mayor comodidad (más de una vez había optado por utilizar la forma de un murciélago o la de una sencilla lechuza), la guardiana de la noche caminaba cual simple mortal por el mundo. Durante las horas previas al amanecer disfrutaba paseando por las callejas de cualquier ciudad del mundo, o por las colinas y las planicies próximas a las montañas. Sentía también gran debilidad por los bosques y se apasionaba cada vez que sus salidas nocturnas la llevaban hasta una arboleda de ancianos robles o majestuosos abetos. Tan sobrenatural y apasionada criatura de la oscuridad no sólo vivía de sangre y de muerte.

La bruma se espesaba a su alrededor y el silencio se volvió realmente intenso. La luna, pese a todo, seguía brillando sobre su cabeza y un resplandor sangriento la rodeaba como

LA SANGRE DE LOS CONDENADOS

una maléfica señal divina. Era la señal que había estado esperando. El Elegido se hallaba cerca.

Decidió saborear por última vez la sangre de un mortal, antes de que sus labios probaran la savia de aquél que gobernaría a su lado. Su instinto la llevó hasta una jovencita de poco más de diecisiete años que deambulaba sola por las calles. Oisqueó el aire y de inmediato olió sus miedos más profundos. Era joven e inexperta en el amor; de hecho todavía era virgen y acababa de rechazar a su impaciente novio cuando éste la magreo buscando un poco más de cariño. Los hombres no suelen saber esperar y la muchacha tenía demasiado miedo como para hacerlo por primera vez aquella misma noche. Ella lo comprendía pero no porque le hubiera pasado nunca. Cuando se es joven la primera vez tiene que ser la más especial.

Siguió el dulce olor que tan bella chiquilla dejaba tras de si y la localizó llorando en una esquina sentada en un portal. El resplandor de una lámpara de aceite iluminaba su cabello rubio y largo mientras varias lágrimas resbalaban por su mejilla hasta caer al suelo lentamente. La señora de la oscuridad se acercó a ella asegurándose que sus pasos retumbaban en los adoquines para no asustarla, y sin decir ni una palabra se sentó a su lado y permaneció a la espera. Había leído su alma y sabía cómo tenía que actuar.

Un par de minutos después, una vez escuchó cada uno de los pensamientos de la chiquilla y se enteraba de cada uno de sus secretos más íntimos, la voz dulce y acaramelada de la señora de la noche susurró unas breves palabras lanzadas al aire únicamente para captar su atención.

–Los hombres son todos unos cabrones. Sólo piensan en una cosa.

La chiquilla asintió con la cabeza y con el dorso de la mano derecha se limpió las lágrimas que empañaban sus ojos. Sin dejar de sollozar se contempló los sencillos zapatos que calzaba y siguió en silencio.

La maestra de la muerte, sabiendo que tenía toda su

LA SANGRE DE LOS CONDENADOS

atención, volvió a soltar su comentario.

–Para ellos el romanticismo es un revolcón rápido en el pajar; al lado del establo– la chiquilla volvió a sollozar con mayor fuerza y al fin rompió el silencio que mantenía.

–Todos lo son– soltó con voz queda– Crees que alguien es diferente, pero cuando te das cuenta le han metido mano a tus bragas y creen que pueden hacer contigo lo que quieran.

Volvió a echarse a llorar y la señora de la noche ya tenía el hombro a punto para consolarla.

–Vamos, vamos pequeña– musitó– Eres demasiado joven para un desengaño así. Tienes que comprender que el hombre es una criatura impulsiva y necesitada– le acarició el cabello con talante protector; talmente se tratara de su propia madre y a continuación la cogió con suavidad de la mano. Aquellos eran los mejores momentos de todos; la mejor manera de saborear la sangre de un mortal– Tal vez no hayas encontrado al hombre adecuado.

Los colmillos de la guardiana de la negrura centellearon en la noche cuando la joven acercó su dulce carita al rostro hermoso pero sobrenatural de la criatura inmortal.

–Le quiero con toda mi alma. Pero a veces no le comprendo.

–No te preocupes de él ahora– la mano derecha de la criatura apartó el cabello de su víctima con suavidad y la besó en la mejilla– Cuando alcances mi edad, algo así no te afectará del mismo modo.

Y la chiquilla apoyó su mejilla en el hombro de su ejecutora y cerró los ojos al sentirse segura. Aquella era la señal que había estado aguardando; no esperaba que algo así le ocurriera.

Sus manos se cerraron en torno a las de la joven y sus labios se acercaron a su cuello. Le dio un suave beso y encontró su piel suave y tersa; tan virginal como la virtud que todavía poseía. Su corazón martilleaba con furia en su pecho cuando sintió que la jovencita no se imaginaba lo que le iba a ocurrir. Sintió su aliento cálido y dulce cuando torció la

LA SANGRE DE LOS CONDENADOS

cabeza ligeramente dejándose llevar por el momento y la circunstancia. El momento era perfecto.

De nuevo la besó por última vez en el cuello y al instante abrió la boca y sus colmillos se cerraron en torno a su piel atravesando la carne. La sangre no tardó en manar de su herida y una bocanada de satisfacción y dulce pasión recorrió su garganta cuando empezó a saborear la savia vital de tan dulce princesa. Su alma se sintió viva como raramente sentía que estaba, y de nuevo agradeció que los dioses la hicieran como era. Ser lo que ella era, era lo más cercano a poseer el alma de una verdadera diosa.

Se apartó de la muchacha cuando percibió que su corazón había dejado de latir. Raramente seguía alimentándose de su víctima cuando el corazón se detenía; no era por nada especial; sino una simple costumbre o tal vez manía que había adquirido con los años. Creía que la sangre era más dulce y caliente cuando todavía era impulsada por el órgano de la víctima; y era más y más dulce cuanto más fuerte era el corazón de aquella persona. Al instante lamentó que la chica hubiera muerto tan rápido pero lanzó un aullido de satisfacción a la noche una vez se lamió los labios y se dejó llevar de nuevo por el mejor de los placeres de la creación: el placer de la sangre.

La luna seguía brillando de un modo sangriento y hermoso en el cielo y la ciudad seguía dormida y ajena a la verdad que envolvía a tan sobrenatural y eterna mujer. No importaba cuantas vidas se llevara; no importaba que la muerte rondara cerca. El mundo jamás dejaba de girar y el sol no dejaba de salir por las mañanas. A nadie le importaba en realidad que una criatura similar deambulara por el mundo en las tinieblas.

Al levantarse para proseguir con su camino sintió la llamada telepática de uno de los cuatro sirvientes que tenía en la ciudad. Los augurios pronosticaban que allí, en Highslow, capital del reino de Balthior encontraría al Elegido y sus sirvientes se ocupaban de todo mientras ella se divertía.

LA SANGRE DE LOS CONDENADOS

«Le he encontrado, mi señora» musitó la voz con marcado respeto «Está en la taberna de Treath»

Estupendo, se dijo para sus adentros sin preocuparse en responder. Por fin, después de tantos siglos esperando, el Elegido había aparecido y había llegado el momento de darle a él el poder con el que ella había nacido. Una vez sus almas fueran una su destino estaría más cerca que nunca y todo Ghregis sería suyo.

Se dirigió al centro de la calle y dirigió una última mirada de soslayo al cuerpo inerte y sin vida de aquella bella chiquilla. Su mirada perdida de pupilas cristalinas contemplaban un mundo que ella jamás admiraría. Su piel había adquirido ya la palidez de la pérdida de sangre y sus brazos caían hacia el suelo mientras todavía permanecía sentada en el portal. Por la mañana la encontrarían y pensarían que una criatura del bosque había acabado con ella y con los dos hombres con los que se había alimentado antes que ella; mas no le importaba en absoluto. Muy pronto el mundo la conocería por fin; sabrían a qué extirpe pertenecía y conocerían su verdadero poder. Y con semejante euforia dentro de ella levantó las manos al cielo en ademán solemne y un resplandor verde e intenso la rodeó por completo mientras unas leves palabras pronunciadas en un cántico brotaron de sus labios. A continuación extendió sus brazos en cruz y todo su cuerpo se metamorfoseó en un pequeño cuervo de negro plumaje que emprendió el vuelo en dirección a las sombras más oscuras de la noche; en dirección a aquél que había estado esperando hasta ese preciso momento.